

que le decía que, con aquella fecha decía al mariscal Bazaine, comandante en jefe del ejército franco-mexicano, que habiendo sabido el emperador el número de reos que existían en aquel departamento por haber cometido robos en cuadrilla, y que siendo muy urgente que se les juzgase desde luego por tales delitos, deseaba S. M. que á la mayor brevedad posible se estableciese en aquella ciudad una corte marcial francesa, y que al efecto se sirviese nombrarla, lo que tenía el honor de comunicarle para su conocimiento.

“El digno prefecto político, cuya rectitud y sentimientos humanitarios le hacían altamente apreciable, contestó con fecha 21 del mismo mes, en los siguientes términos: “De enterado; y que esta prefectura se abstiene de hacer observaciones á la disposición que se le comunica, por haberlas hecho ya directamente á S. M. en la exposición que le dirigió al efecto, en la que cree haber demostrado la inconveniencia de tales tribunales, con especialidad en este departamento.”

Lo cierto del caso es que se establecieron cortes marciales de franceses, no sólo en Morelia, sino en Zamora y Pátzcuaro, en las que los oficiales del ejército de Napoleón se convirtieron en verdugos de los patriotas mexicanos! Es patente el efecto retroactivo que se dió á tales disposiciones.

CAPITULO XX.

(1864)

La situación de Michoacán juzgada por un imperialista.—El coronel D. Ramón Méndez.—Su primera expedición sobre Tacámbaro.—Actitud de Régules ante la cual emprende Méndez su retirada.—Robo de ganado á D. Rafael Trejo.—Méndez amaga á Ario y tiene que retroceder.—Abundantes recursos de los imperialistas y miseria de los republicanos.—Movimiento general en la campaña.—Los agentes del imperio.—Pronunciamiento en Parácuaro y derrota de los pronunciados por el jefe liberal Gil Abarca.—Pronunciamiento en Uruapan.—Saqueo.—Nueva expedición de Méndez sobre Ario.—Nieves Sosa y Villafuerte.—Brillante triunfo de Salazar en Santa Clara.—La venganza de un indio.—Triunfos de Puebla en Tajimaroa y Tuxpan.—Régules en Temascaltepec.—Riva Palacio y Romero en las puertas de Toluca.—Combate en las calles de la ciudad.—Intrepidez de la Barragana.

El desastre de Jiquilpan no había hecho en Michoacán más que impulsar la actividad de los patriotas y aumentar el pánico y la desmoralización de los partidarios del imperio que vivían en Morelia. Uno de éstos escribía con fecha 9 de Diciembre: “Nada se adelanta en la pacificación del Departamento. Es una cosa muy triste, muy sensible, muy dolorosa, y del todo inexplicable por la razón, la filosofía, la política y hasta el buen sentido, que después de un año de haber sido ocupado este desventurado Departamento por las fuerzas de la intervención y del imperio, y de haber costado *tantas víctimas* y tanta sangre, haber defendido la causa del nuevo orden el 18 de Diciembre de 1863, de haber contado en todo este tiempo con tan *brillantes elementos* para establecer la paz y seguridad en su seno, estemos aún amenazados á cada momento *hasta en la seguridad de la capital* y no cuenten, no ya

los vecinos de los pueblos y haciendas, sino aun los de esta ciudad, ni con sus intereses ni con su vida seguros. El triunfo de Jiquilpan, tan importante como fué, se va á convertir en contra de Michoacán, si no se persiguen estas fuerzas, porque lo que se les quitó allí lo vienen á reponer con usura en los infelices pueblos y haciendas del Departamento. La razón, la filosofía, la moral, la política y el buen sentido exigen imperiosamente que se obre ya con actividad y con constancia en la pacificación de Michoacán, si no se quiere que este Departamento desaparezca del mapa del imperio mexicano." Como se ve, no faltaba algo de buen sentido al autor de la patética carta que se acaba de leer; sólo que inculpaba al gobierno imperial de lo que creía apatía, cuando no era más que impotencia. Precisamente en esos días acababa de pasar la infructuosa expedición del coronel Méndez sobre Tacámbaro, de que voy á hablar en seguida.

Antes empero, se me permitirá presentar á mis lectores al coronel D. Ramón Méndez que ahora aparece por primera vez mandando en jefe una columna y que en el curso de esta historia va á hacer un papel muy importante.

Ramón Méndez nació en Ario: era hijo de un velero y en su mocedad ejerció él mismo este oficio; mas pareciéndole muy humilde para su ambición, solicitó entrar como escribiente (tenía muy buena letra) en la oficina de rentas de aquel pueblo, pasando luego con el mismo empleo á la de Huetamo: sin embargo como le agradaban más los gallos, la *paseada*, las aventuras de todo género, abandonó su empleo y fué á buscar la suerte en la ciudad de México. Al comenzar el gobierno de Santa-Anna en 1853, fué cogido de leva é ingresó á la fuerza que mandaba el general Tavera: se desertó una vez, y aprehendido, fué castigado con un banco de palos. Se propuso entonces servir bien en el ejército, y su instrucción en la escritura y en la contabilidad, su talento natural, su audacia, su valor nunca desmentido y su vocación á la carrera de las armas que entonces se reveló en él, lo colocaron sobre el nivel de sus compañeros. Al triunfo de la revolución de Ayutla era capitán en el ejército del dictador, desempeñando el empleo de pagador en tiradores de la guardia de que era je-

fe el mismo Tavera; en la guerra de Reforma militó á las órdenes de Márquez, conquistando sus charreteras de comandante de batallón. Siempre al lado de Márquez, hizo la campaña contra el Gobierno en 1861 y 1862 y se unió luego al ejército invasor, figurando en el sitio de Puebla con el empleo de teniente coronel. Lo vemos aparecer luego en Michoacán con el grado de coronel, mandando el batallón que se llamó después del Emperador, la mejor tropa mexicana del imperio, que contaba en su seno á los veteranos del antiguo ejército reaccionario.

Con esta fuerza y el 4º regimiento de "Lanceros" que formaba un total de ochocientos hombres, salió Méndez de Morelia, á fines de Noviembre, á su primera expedición sobre los chinacos del Sur. El general Arteaga con los restos de la 4ª División (trescientos hombres), con la brigada de Pueblita (quinientos), y con cuatrocientos hombres á las órdenes del general Régules se hallaba en Tacámbaro; Salazar con su brigada móvil, alejándose del Cuartel general, se había ido á situar en la Huacana; Eguiluz estaba en Ario y Cuervo con otros jefes de Jalisco, en la distante villa de Huetamo.

A las doce del día 1º de Diciembre se tuvo en Tacámbaro la noticia de la aproximación del enemigo. Arteaga, considerando que su pequeña fuerza, salvada en Jiquilpan, no estaba aún en condiciones de batirse, se retiró por Chupio á Pedernales, dejando en la plaza al general Régules con su brigada y la de Pueblita. En aquellos instantes se presentaba Méndez. Régules con cien infantes del batallón activo de Michoacán y cien caballos á las órdenes del teniente coronel Espiridión Trejo, salió al encuentro de los imperialistas, los estuvo tiroteando, al mismo tiempo que se replegaba paso á paso, atravesaba la población é iba á incorporarse á su fuerza que había ya tomado posiciones en la alberca de Chupio y rancho de la Estacada.

Los imperialistas habían seguido á Régules hasta la calle que se llama de la Ziranda. Después se concentraron en la plaza de la ciudad. Al anochecer la evacuaron retirándose hasta el mesón de Taracatío, cinco leguas distante de Tacámbaro. Régules á su vez emprendió una marcha cuyo objeto veremos más adelante.

No debo omitir aquí un rasgo de conducta de Méndez. Se recordará que en las primeras páginas de este libro hice mención de D. Rafael Trejo, anciano patriota de Tlalnepantla, que acompañaba, como simple paisano, á sus hijos Espiridión, Justo y Eutimio Trejo, que militaban en las filas de los republicanos. D. Rafael traía consigo, trashumando desde Tlalnepantla, una ordeña de vacas y un hatajo de mulas. Pues bien, el coronel Ramón Méndez recogió el resto que aún quedaba del ganado y cuarenta mulas, allanó el domicilio del Sr. Trejo para extraer de él los aparejos y arreó todo, considerándolo como botín de guerra, lo que no le impedía llamar bandidos á los liberales.

Viendo este jefe que no había podido dar una sorpresa en Tacámbaro, simuló que se retiraba á Morelia y por esto fué á pernoctar en Taracatío, luego siguió aquel rumbo y el 3 en la mañana caía sobre Ario; pero con tal desgracia, que llegó después de que Eguiluz con su tropa había salido de la plaza. Al día siguiente evacuó Méndez la población, forzando su marcha hasta Pátzcuaro. Era que sus espías le habían avisado que Régules, con Pueblita y Eguiluz que se le había reunido, se dirigían á Santa Clara á cortar la retirada. Méndez procuró siempre atacar á sus contrarios con una fuerza que, por lo menos, fuera igual en número á la de éstos. Jamás fraccionó su columna, no obstante que tenía á sus órdenes muy buenos subalternos.

Y de una vez por todas digo aquí que mientras los defensores del imperio contaban en sus filas con viejos soldados aguerridos, con magnífico armamento, con abundancia de parque, con el pretz pagado con puntualidad, con apoyo oportuno y poderoso de las columnas francesas; los republicanos de Michoacán en sus fuerzas regulares, con excepción de los sargentos y de algunos cabos y soldados, los demás de estas dos últimas clases eran gente acabada de coger de leva, sus fusiles y mosquetes antiguos y muchos de ellos casi inservibles; que el parque escaseaba; que carecían de sueldo, pues que las pocas veces que lo recibían era económico, es decir, reducido á la mitad, y que no contaban con auxilio ninguno, siendo enteramente falso lo que aseveran algunos escritores

imperialistas, de que en casos desgraciados "pasaban el río de las Balsas y hallaban un refugio en el viejo Alvarez, rey de los pintos, quien los protegía hasta el momento en que podían aprovechar la ocasión de volver á las tierras frías ó templadas de Michoacán." Esta mentira, inventada por el *historiador* de Querétaro Alberto Hans, ha sido copiada maliciosamente por los escritores franceses y *mexicanos* del bando imperialista.

Volvamos ya al teatro de los acontecimientos. Régules, viendo que había fracasado su plan de cortar á Méndez, volvió á Tacámbaro, ocupado de nuevo por el general Arteaga, quien estaba ansioso de enviar las expediciones de que antes he hablado. En efecto, Pueblita salió el primero tomando el rumbo de Taretan, Purépero y Zacapu para dirigirse al Norte y Oriente del Estado. El día 9, el teniente coronel Espiridión Trejo con sus cien jinetes y cincuenta infantes, á las órdenes del capitán Jesús Rubio, marcharon á Santa Clara de Portugal, con objeto de distraer á la guarnición de Pátzcuaro, en tanto que el general Régules, por Tingambato hacía su marcha al interior del Estado. Trejo y Rubio lograron su objeto haciendo salir de Pátzcuaro las guerrillas de Suárez, del Río y Orozco, y batiéndose con ellas en retirada, regresaron el día 11 á Tacámbaro.

También Riva Palacio, en cumplimiento de las órdenes recibidas de Arteaga, concentraba sus fuerzas para operar en el centro del Estado de México. En esta virtud, el 17 de Diciembre se retiraba el comandante Julián Solano de Trojes (hoy Ocampo), á Tuxpan con treinta y dos hombres para incorporarse al coronel Limón. Los imperialistas á su vez se ponían en movimiento. En efecto, ese mismo día, en el llano del rancho de los Remedios, cargaron sobre Solano quinientos traidores, vanguardia de Lamadrid que iba de Anganguero á Zitácuaro. Solano afectó huir, pero de pronto dió media vuelta, se arrojó sobre el enemigo y lo puso en fuga, haciéndole muchos muertos y heridos, sin detenerse en levantar el campo, porque Lamadrid se acercaba con el grueso de su tropa; pero sabiendo este jefe que en Zitácuaro estaban reuniéndose varias fuerzas republicanas, se apresuró á regresar

á Angangueo. Ese día fué ascendido Solano por el general Riva Palacio al empleo de teniente coronel.

Por lo expuesto se comprende que los patriotas habían redoblado su actividad, y por lo tanto los partidarios del imperio en Michoacán clamaban á grito abierto, pidiendo que el ejército que apoyaba á Maximiliano ocupase militarmente la extensión del Estado. Consecuente con estos deseos, el mariscal Bazaine dispuso que la División Douay marchara á cumplir aquella misión. No se contentaron con esto los que dirigían la política de bastidores: de nuevo enviaron sus agentes á las poblaciones del Sur para fomentar pronunciamientos entre los vecinos, ya que nada podían conseguir en materia de defecciones por parte de los jefes liberales. El más activo de aquellos emisarios era el padre D. Manuel Bruno Gutiérrez, criollo de Uruapan, de ideas exaltadísimas en favor de la monarquía extranjera, fanático en extremo y cuya constante ambición era llegar á ser canónigo. Gutiérrez era rico, lo que le daba cierta influencia entre los conservadores de Uruapan y los rancheros de Parácuaro, pueblo en cuya comprensión poseía una finca de campo. Tenía un hermano, D. Florencio, hombre de valor, de buenas prendas personales y que profesaba al padre D. Bruno respeto y adhesión. Para comprometer á sus amigos de Uruapan y Taretan á que se pronunciasen contra la República, les ofreció que lo haría primero en Parácuaro su referido hermano D. Florencio, quien con una fuerza respetable de rancheros, ya apalabrados, iría á apoyar el movimiento revolucionario de aquellas dos poblaciones.

Así concertadas las cosas, D. Florencio marchó á Parácuaro; pero en esta población había algunos liberales que además del interés de partido, eran enemigos de Gutiérrez y espiaban sus pasos. Sin descubrir las ramificaciones del complot comprendieron, sin embargo, que aquel individuo preparaba á sus sirvientes y á algunos rancheros para lanzar el grito á favor del imperio. Se apresuraron á comunicarlo al general Salazar, quien sin pérdida de tiempo envió directamente de Ario á Parácuaro una sección al mando del teniente coronel Gil Abarca.

El día 18, sostenidos por la contraguerrilla de Francisco Suárez, se pronunciaron en Parácuaro D. Florencio Gutiérrez y Julián Espinosa (a) el *manco*, reuniendo en el acto más de doscientos hombres.

Recibida esta noticia en Uruapan, el padre D. Bruno la comunicó á los comprometidos de esta ciudad y de Taretan y les enseñó además cartas de Morelia en que se le avisaba que no tuvieran temor de Salazar, porque el coronel Méndez salía en su persecución, á la vez que las columnas de franceses que permanecían en Jiquilpan tomaban ya el camino hacia Morelia por Los Reyes y Uruapan. Inmenso fué el gusto y grande la confianza que inspiraron estas nuevas á los conspiradores de Uruapan y Taretan, y hasta puede decirse que experimentaron un entusiasmo juvenil aquellos hombres, de los cuales el menor de edad no bajaba de cincuenta años. Se acordó en consecuencia que el pronunciamiento se verificaría simultáneamente en ambas poblaciones el 20 del mes en curso.

Al amanecer del día 19 llegaba el teniente coronel Abarca á la vista de Parácuaro, distante de Uruapan más de catorce leguas. A las doce del día, aquel jefe remitía al Gobernador Salazar el siguiente parte: "Cumpliendo las órdenes de esa superioridad llegué á este punto, me informé del paradero del enemigo y distribuí mis exploradores: como á las diez de la mañana de hoy, las gavillas traidoras capitaneadas por Florencio Gutiérrez y Julián Espinosa, en número como de doscientos cincuenta, se presentaron en la orilla Norte de este pueblo en actitud amenazadora: inmediatamente ordené que el comandante José Menez con veinticinco Lanceros de Toluca, se situara al frente del enemigo; el comandante Maximiano Rocha con veinticinco infantes del batallón Zaragoza se situó á la izquierda, ocultándose tras de un cerrito, y el comandante Manuel Treviño con veinte guerrilleros se puso al flanco derecho, dejándome yo los otros veinticinco infantes al mando del teniente Domingo Herrera. El comandante Menez mandó al alférez Borbolla que pasase una barranquilla y provocara al enemigo, haciéndole fuego. Ejecutada esta orden, los traidores se precipitaron con furia sobre Me-

nez, quien no sólo resistió el empuje, sino que acometió vigorosamente, rechazando á los contrarios que intentaron posesionarse del cerrito; pero Rocha con su infantería de tiradores les salió al encuentro haciendo fuego vivísimo y obligando á la chusma á retroceder: entretanto Treviño colocándose á retaguardia del enemigo, y en los momentos en que éste era rechazado, dió carga brusca á la lanza secundado valientemente por Menez, lo que produjo el desorden y la completa dispersión de las gavillas, cuyos fugitivos fueron perseguidos en distintas direcciones. Se recogieron veintitres muertos y diez y siete heridos del enemigo, cuarenta mosquetes, muchas lanzas y machetes costeños y cuarenta y seis caballos: en uno de éstos se halló la correspondencia de Gutiérrez que adjunto. Por nuestra parte tenemos que lamentar la pérdida del capitán Manuel Villanueva que murió luchando personalmente con Gutiérrez, un soldado muerto de la fuerza de Menez, dos de la de Treviño y nueve heridos. Lo que tengo el honor de participar, etc.”

D. Florencio Gutiérrez metió espuelas á su caballo, y á las nueve de la noche del mismo día llegó á Uruapan y avisó á su hermano el padre D. Bruno la catástrofe de Parácuaro. El clérigo le encargó la reserva, y por su parte con mucha actividad recorrió las casas de sus amigos, citándolos para las cinco de la mañana del día siguiente y diciéndoles que teniendo que entrar los franceses muy temprano y habiendo pernoctado á medio camino los pronunciados de Parácuaro, era conveniente y satisfactorio que ambas fuerzas los hallasen ya con las armas en las manos.

Al amanecer del día 29 estaban reunidos en el portal de las casas consistoriales doce señores respetables, cada uno acompañado de sus dependientes, de sus mozos y de algunos amigos, formando un total de sesenta hombres. Nadie extrañó ver al frente, para lanzar el grito de *viva el imperio!* á D. Florencio Gutiérrez, pues se les había dicho que la tropa de éste se hallaba en marcha para Uruapan.

Apenas se proclamó el plan del pronunciamiento, cuando aquella fuerza se dividió en pelotones para ir á aprehender á los liberales. Estos tuvieron oportuno aviso y se ocultaron,

con excepción de D. Miguel Treviño que fué conducido á la cárcel y del Lic. D. Antonio Florentino Mercado á quien dispararon algunos tiros y redujeron también á prisión. En muchas casas sacaron caballos y armas, siendo uno de los que en estas especies sufrieron un robo considerable el coronel jalisciense Sabás Lomelí. Pasado este furor belicoso llamaron lista y reunidos los jefes, tuvieron una junta en la sala de acuerdos del Ayuntamiento, en la que quedaron nombrados prefecto municipal D. Isidro Paz y comandante militar D. Florencio Gutiérrez. Entretanto, sus familias se dirigían á misa que celebraba el padre vicario (el cura se negó á hacerlo), para pedir la protección del Dios de los Ejércitos, á fin de que sus deudos fuesen conducidos á la victoria. Como la misa se llamó con cierta pompa, algunas familias de los liberales quisieron asistir por curiosidad, y en la puerta de la iglesia fué detenida la joven E. S. (republicana), por su amigueta L. Z. (mochita), quien le dijo:

“Un padrenuestro y una avemaría
Por la chinaca que está en agonía.”

La primera se mordió los labios de despecho, y ambas entraron en el templo.

A la una de la tarde, con músicas, cohetes y repiques, salió una comitiva á fijar en las esquinas las actas del pronunciamiento, haciéndose esto con toda la solemnidad posible.

El pueblo de Uruapan protestó con su ausencia contra aquel pronunciamiento que le pareció ridículo por estar capitaneado por puros ancianos, motivo por el cual se bautizó aquel motín con el nombre de “el pronunciamiento de los doce apóstoles,” que se vulgarizó á tal grado que nadie lo llamó de otra manera.

Después del bando se ocuparon en organizar la fuerza, dividiéndola en infantería y caballería, quince hombres de la primera y cuarenta y cinco de la segunda. Los doce apóstoles se declararon jefes y nombraron subalternos de entre sus dependientes.

Bueno es decir que Gutiérrez y Paz, que no las tenían todas consigo por la derrota de Parácuaro, pusieron de avan-

zada sobre el camino de aquella Villa á D. Justo Contreras al frente de una pequeña escolta, ordenaron á los que suponían pronunciados en Taretan á que fuesen en el acto á incorporárseles, y por último, enviaron al menos anciano de los doce apóstoles al encuentro de los franceses que la víspera habían salido de los Reyes y á quienes se suponía rumbo á Uruapan. Era la columna de De Potier que desviando el camino dejaba á un lado á Uruapan y se dirigía por la vía más recta á Pátzcuaro. El comisionado fué á encontrar á los franceses al pequeño pueblo de San Lorenzo y encareció á De Potier la necesidad de su auxilio; pero este jefe no se dignó contestarle siquiera, pues siempre trataba con el mayor desprecio á los *mexicanos* aliados.

Mientras estos sucesos pasaban, Salazar había salido de Ario y se dirigía á Uruapan como centro de operaciones. Entre once y doce de la mañana llegó á Taretan, precisamente en los momentos en que se reunían también los ancianos del lugar para hacer su pronunciamiento. Esta circunstancia salvó á los conspiradores, quienes lejos de hacer ninguna manifestación hostil, recibieron con pruebas de simpatía al general y le brindaron el mejor alojamiento en la hacienda que lleva el mismo nombre del pueblo.

Aun no se acuartelaba la tropa, cuando Salazar recibía el parte de Gil Abarca, leía la correspondencia interceptada á Gutiérrez y oía de los labios del correo, que en la mañana había pasado por Uruapan, la estupenda noticia del pronunciamiento de aquella ciudad. En el acto dió orden á Agustín García, uno de aquellos terribles chinacos, compañero de Cantaritos, de que con sus cuarenta hombres marchase al trote sobre Uruapan y aniquilara á los pronunciados. Sería natural creer que los comprometidos de Taretan avisarían á sus colegas de aquella ciudad la presencia de Salazar; pero no sucedió así, pues ya se sabe que los *mochitos* son egoístas por carácter.

Serían las cinco de la tarde. Los imperialistas de Uruapan estaban llenos de satisfacción creyendo que su pueblo quedaría libre para siempre de las depredaciones de la *chinaca*, cuando uno de los que se habían pronunciado, que por nego-

cios particulares había salido al llano, llegó á todo correr y avisó á D. Isidro Paz que por el camino de Taretan venía una tropa, avanzando rápidamente.

—No tengan ustedes cuidado, le contestó el jefe, son los señores de Taretan que vienen á reunirse con nosotros.

No habían pasado de esto cinco minutos, cuando Agustín García llegaba á las goteras de Uruapan: dividió su pequeña fuerza en tres secciones, y conocedor de la población, no envió ninguno de los grupos por la calle de San Francisco, que es la entrada del camino de Taretan, sino que dió orden de que unos penetraran por las calles de Cupatitzio, como si llegasen de Parácuaro, otros por el barrio de la Trinidad y el tercer grupo por la Canoa alta.

Al divisar al primer grupo, los pronunciados se agolparon á la esquina de la plaza, contentos, creyendo que eran sus correligionarios de Parácuaro. De repente oyeron á sus espaldas tiros repetidos y vieron á los terribles chinacos de blusa colorada, que harto conocían como pertenecientes á la *gavilla de Cantaritos*. Decir el pánico de que fueron acometidos, referir cómo arrojaban las armas y cómo huían en todas direcciones para ocultarse en las huertas, sería ocupar más tiempo del que duró para ellos el horroroso susto, lo cual no fué obstáculo para que cuatro quedasen muertos en las calles, siendo de este número el *comandante* D. Gabriel Hurtado, uno de los doce apóstoles.

Me he extendido en estos detalles, porque se trata de un suceso ocurrido en mi tierra y porque es fuerza rectificar lo que sobre este punto asevera la Memoria del Gobierno de Michoacán al asentar que los pronunciados se replegaron á Pátzcuaro. No: la fuerza de éstos fué completamente disuelta; algunos de los ancianos fueron los que, habiendo salido de sus escondites, llegaron uno por uno y en distintos días á la expresada ciudad de Pátzcuaro; los demás permanecieron ocultos, sin que nadie los buscara. No faltó quien quisiera ejercer venganza, pero por fortuna no consiguió su objeto. Se me olvidaba: la joven E. S. se vengó también de su amiga L. Z. enviándole, después de lo acaecido, un papelito que contenía el siguiente dístico:

"Fué el padrenuestro que se rezó
Por el imperio que se murió."

En aquella época las señoras no eran ajenas á las pasiones políticas.

A las seis de la tarde llegó Salazar con el resto de su pequeña brigada. Entonces se dió por la Secretaría de Gobierno, á cargo siempre de D. Blas José Gutiérrez, una orden que sirvió de borrón en la página que la historia había escrito en aquel día. Se dispuso, y así se verificó, que algunos empleados de hacienda abrieran la casa de comercio de D. Isidro Paz y que repartiesen las existencias entre los oficiales y la tropa. La plebe se aglomeró á las puertas y participó del saqueo, pues no otro nombre merece aquel acto que se llevó á cabo en la noche, á la luz de hachones de ocote.

En el mismo día en que estos sucesos pasaban en Uruapan, Méndez, el jefe imperialista, llegó otra vez á Ario con setecientos hombres. El coronel Eguiluz, que ocupaba la población con una fuerza de trescientos y que había recibido orden del General en Jefe de retirarse á la vista del enemigo, evacuó la plaza, saliendo de ella paso á paso. Méndez, al entrar á Ario, destacó en seguimiento de Eguiluz la contraguerrilla mandada por Modesto Villafuerte, apoyándola á retaguardia el 4º regimiento de caballería al mando del coronel Wenceslao Santa Cruz. A poco Villafuerte se vió detenido por el valiente Nieves Sosa, que con menos de veinte hombres hizo retroceder á la contraguerrilla; mas incorporada ésta al 4º regimiento, así como la nuestra se había unido á Eguiluz, ambas fuerzas avanzaron hasta la cuesta de Zinzongo en que se trabó una corta, pero reñida refriega, de la que resultaron algunos muertos y heridos de una y otra parte. Los traidores regresaron á Ario y Eguiluz, con todo orden, continuó su marcha para la hacienda del Tejamanil. Méndez permaneció en Ario hasta el día 24 en que tuvo que salir inopinadamente, en virtud de lo que va á referirse en el siguiente párrafo.¹

El día 23 como á las once del día había llegado á Santa

¹ Tomado de la Memoria del Gobierno de Michoacán, rectificado en parte conforme á los datos que obran en mi poder.

Clara una fuerza imperialista, trescientos cincuenta hombres de caballería é infantería al mando del comandante Evaristo Dávalos, que iba á obrar en combinación con la de Méndez. Salazar había salido de Uruapan el 22, y el 23 sin tener noticia de aquella fuerza, se dirigió también á Santa Clara, al frente de su pequeña brigada, compuesta de ciento cincuenta hombres del batallón Zaragoza al mando del teniente coronel José Dolores Vargas, igual número de jinetes del escuadrón "Lanceros de Toluca" á las órdenes del coronel Manuel García, los cuarenta de la guerrilla de Agustín García, treinta de los que capitaneaba Margarito Próspero, quinientos mandados por el capitán Emeterio Pérez que servían de escolta á la Comisaría, y los veinte exploradores del comandante Rosendo Márquez. Eran las doce del día, cuando Salazar llegaba á las puertas de la Villa; en aquel momento se oyó el toque de lista que sonaban las bandas de infantería y caballería dentro de la plaza.

—¡Los mochos! exclamaron los chinacos; y Salazar con su voz de trueno, dirigiéndose á Márquez, le dijo:

—Rosendo, á ellos; entreténgamelos mientras llevo.

La guerrilla de exploradores se dirigió al galope hacia la población, y habiéndose encontrado con la avanzada de los imperialistas, la hizo replegar hasta los cuarteles. El tiroteo puso en alarma á la fuerza de Dávalos, quien con toda su caballería cargó sobre la guerrilla republicana hasta hacerla incorporar á la tropa de Salazar. Este jefe mandó al encuentro del enemigo al coronel Manuel García, quien á la cabeza de los "Lanceros de Toluca" se arrojó con denuedo: el choque fué terrible, dando por resultado que los traidores retrocedieran, si bien por parte de los patriotas se tuvo que lamentar en aquel acto la muerte del expresado coronel Manuel García.¹ El comandante Menez tomó el mando de los Lanceros y continuó la carga. Entretanto, Salazar había fraccionado en dos secciones el resto de su fuerza, dejando una á sus inmediatas órdenes y confiando la otra al teniente coro-

¹ Se recordará que el coronel García fué el jefe que se encargó del mando de la división de Michoacán, cuando defeccionó Caamaño, y no habrán olvidado los lectores que García inspiraba desconfianza á los patriotas. La conducta de este jefe y su gloriosa muerte borraron aquellas impresiones.

nel Vargas. Ambos por diversas calles desembocaron en la plaza en donde estaba formada en batalla la infantería enemiga, la que viéndose flanqueada, después de un corto y vivo tiroteo, ocupó el atrio de la parroquia y continuó allí su defensa. Salazar envió uno de sus ayudantes á comunicar una orden á Vargas, y formando su tropa en columna atacó por el frente al enemigo, mientras que Vargas, á paso gímástico, daba un rodeo, penetraba al atrio por la sacristía y caía sobre la retaguardia de los infantes imperialistas que tuvieron que rendirse á discreción. Rosendo Márquez y Menez no habían permanecido ociosos: su carga á la lanza sobre los dragones de Dávalos introdujo entre éstos el desorden y acabó por precipitarlos en fuga hacia Pátzcuaro.

Todo esto pasaba á la vista de los vecinos de Santa Clara, siempre liberales y patriotas, que aplaudían el valor de los republicanos. Por sus opiniones, les profesaba un odio feroz el prefecto político de Pátzcuaro, D. Miguel Patiño, y por su conducta de ese día, halló medio de satisfacer el rencor que les tenía, como se echa de ver en el mismo parte oficial que esta autoridad rindió á su superior y que en lo conducente es cómo sigue:¹

“En tan tristes acontecimientos han tenido activísima parte los vecinos de Santa Clara, porque sabiendo la venida de Salazar no lo avisaron al Sr. Dávalos, y cuando se presentó el enemigo hubo un infame que tratara de persuadirlo de que era fuerza del Sr. Méndez la que llegaba. A más de este dato para creer culpable á la población, hay los siguientes: el puente de la salida para esta ciudad lo halló el Sr. Dávalos, á su regreso, de tal manera obstruido, que solo podía pasar un hombre; el alojamiento que le proporcionaron fué á una larga distancia del cuartel, y en fin, otras varias circunstancias que sería por demás referir, demuestran claramente la culpabilidad de un pueblo enemigo del Supremo Gobierno.”

La intención del prefecto era que los vecinos le indemnizaran de la pérdida que sufrió en esa vez y que se refiere en seguida.

Salazar envió en persecución de los fugitivos á Agustín

¹ México á través de los Siglos, pág. 681.

García y á Margarito Próspero. Aquéllos habían tomado el rumbo de Pátzcuaro que sólo dista cuatro leguas de Santa Clara. García y Próspero marcharon á escape, no dando cuartel á los infelices que alcanzaban. Un grupo de once de ellos trató de hacerse fuerte en el Molino del Refugio, propiedad de D. Miguel Patiño. García dió orden á Próspero de que se apoderase de ellos y él continuó en la persecución. Margarito Próspero, indígena del cercano pueblo de Tingambato, había sido preso una vez, á causa de sus opiniones liberales, por orden de D. Miguel Patiño: este recuerdo que jamás se borró de su alma y la circunstancia de que los refugiados en el molino hicieron fuego al acercarse los chinacos de Próspero, enardecieron á éste, quien mandó á los suyos echar pie á tierra, y dándoles el ejemplo, salvaron el foso que rodeaba la finca, encendieron las teas de ocote que llevaban preparadas, y en medio de los disparos de los que allí se defendían, prendieron fuego al edificio por varias partes. Al salir aterrados entre las llamas aquellos infelices, uno á uno fueron pasados por las armas! ¡El edificio quedó convertido en pavesas!

García siguió á los demás fugitivos hasta las goteras de Pátzcuaro, en donde se produjo una grande alarma, cubriendo la guarnición los puntos fortificados.

Tuvo el enemigo más de cuarenta muertos, se le hicieron noventa prisioneros; la caja de su pagaduría con dos mil quinientos pesos, pasó á poder de la Comisaría de Salazar, lo mismo que el equipaje de Dávalos y de sus oficiales, más de doscientos fusiles, parque, lanzas, mosquetes y sables. Los prisioneros fueron puestos en libertad al siguiente día, pero en su mayor parte quisieron prestar sus servicios á las órdenes del valiente y simpático general Carlos Salazar.

El vecindario de Santa Clara fué multado por orden de la Comandancia Militar de Morelia.

Por el Oriente, el general Pueblita, espionando la ocasión de penetrar en el Estado de Querétaro, expedicionaba por los departamentos de Zinapécuaro y Zitácuaro. “El 24 atacó la guarnición imperialista del pueblo de Tajimaroa, que era á las órdenes de los coroneles Vicente Patiño y Jesús González, el *Rancharo*. En este pequeño hecho de armas fué nota-

ble la heroica resistencia que por más de una hora sostuvo el sargento Fortino Flores en la puerta oriental del cementerio; pues él solo, en virtud de que Gonzáles había desertado con la mayor parte de la fuerza, estuvo conteniendo á los soldados de Pueblita, á quien le hizo varios muertos y heridos." La Memoria del Gobierno de Michoacán, de donde he tomado este párrafo, no dice cuál fué el paradero de Flores; pero de algunos informes, resulta que Pueblita se empeñó en tomar prisionero á aquel valiente soldado, lo que consiguió logrando inducirlo á que ingresara á sus filas.

"En la madrugada del 25 del mismo mes, Pueblita, que contaba con cuatrocientos hombres, fué asaltado en Tuxpan por Lamadrid y el Ranchero, unidos éstos á una fuerza francesa (la del capitán Clary) y formando un total de mil hombres. Sabedor Pueblita de que el enemigo se acercaba, hizo colocar una pieza de montaña en el puente que hoy lleva su nombre y mandó disparar dos tiros sobre el enemigo, que por esto detuvo su marcha, dando tiempo al general para organizar su fuerza y salir en todo orden de la población. El alférez Antonio Vega y un guerrillero cuyo nombre se ignora, lazaron la pieza, y á vuelta de cabeza de silla, se la llevaron hasta reincorporarse con la fuerza de Pueblita en el arroyo del Salitre."¹

Régules en tanto, había llegado al extremo Oriente de Michoacán, infundiendo la alarma en las poblaciones ocupadas por el imperio; se internó luego en el Sur del Estado de México y amagó los destacamentos de Temascaltepec y el Valle, batiéndose y rechazando el del primero de estos pueblos que se atrevió á hacer una salida el día 26. Esta expedición tenía por objeto impedir que aquellas fuerzas se movieran en auxilio de Toluca, á donde se había dirigido Riva Palacio con su brigada, compuesta del pequeño batallón que mandaba Robredo, los cuerpos de caballería de Romero, Acevedo y Solano, formando todo un grueso de cuatrocientos hombres. El 25 llegó esta tropa á las inmediaciones de Toluca.

Riva Palacio no trataba de tomar la plaza por asalto, pues que estando perfectamente fortificada, su fuerza era insufi-

¹ Memoria del Gobierno de Michoacán.

ciente para ello; su plan consistió en hacer que saliese á batirlo la mayor parte de la guarnición, y derrotada ésta, apoderarse de la ciudad en los momentos de confusión y de desorden.

A este efecto, en el día expresado se situó con la mayor parte de su fuerza, tras del pequeño monte de Coatepec y destacó sobre la plaza á Nicolás Romero con sus cien hombres y á Acevedo con cincuenta. Ambos penetraron por las calles de la Tenería, pero desde la garita se cortó Acevedo á la derecha, atravesó la alameda y fué á tirotear los retenes que había en las trincheras de San Juan de Dios, mientras Romero llegaba hasta los parapetos de la plaza, y desde allí, haciendo una retirada falsa, consiguió en parte su objeto, atrayendo en su persecución sólo la caballería del enemigo, fuerte en más de trescientos hombres, pues que los seiscientos infantes imperialistas se quedaron detrás de las trincheras. La retirada se hizo por las mismas calles de la Tenería, y viendo que no salía más fuerza, Romero dió media vuelta y cargó á la lanza sobre el enemigo, batiéndolo con el denuedo que acostubraba. Los jinetes de Toluca retrocedieron en buen orden, pero de repente sintieron á retaguardia el empuje de Acevedo. Entonces se consumó entre ellos la derrota, en la que tuvieron treinta y ocho muertos y multitud de heridos. A Romero no le faltó un solo hombre, y su pérdida consistió en dos caballos que quedaron mutilados.

En aquella jornada se distinguió por su arrojo y serenidad la *barragana*, D^a Ignacia Riechy, que peleó al lado de Romero, llenando de admiración á este jefe.

No era posible hacer más, porque la guarnición, á pesar del descalabro sufrido en su caballería, excedía en número á la tropa de Riva Palacio. El general regresó en consecuencia á Zitácuaro.

El material de este capítulo habrá dado á conocer al lector que la campaña en Michoacán entraba en plena efervescencia, siendo los republicanos los que tomaban la iniciativa. Así concluyó el año de 1864.